
Tras
los
ojos

Tras los ojos

Mario Antonio Calderón

Guadalajara, 1997

DR: Mario Antonio Calderón. Guadalajara, México, 2003.

Por los contenidos y diseño de la presente edición:

© Mario Antonio Calderón de la Rosa, 2003.

Prohibida la reproducción total de la obra sin permiso escrito del propietario de los derechos. Se permite la reproducción parcial por cualquier medio siempre y cuando se mencione la fuente de acuerdo con las normas internacionales de citación.

Presentación

MUCHO SE HA DICHO que toda obra es para su creador como un hijo de sus entrañas, aunque vale precisar que es un hijo de rápido crecimiento, y mal sale uno del estupor y el asombro por verlo nacido, cuando ya es independiente y reclama que lo dejemos hacer su propia vida. Así que al preparar a éste para su publicación preferí dejarlo como está, sin tocar mas que las erratas, vaciar algunas correcciones manuscritas hechas entretanto y escribir estas breves líneas. Digamos de manera figurativa, solamente lo ayudé a escoger el traje para su boda contigo, lector —si le dieras el ‘sí’— y le pagué la peluquería, para que no llegara desaliñado a la cita; le recordé algunos viejos consejos y yo me acicalé un poco para no hacerlo quedar mal.

Han ocurrido muchas cosas desde que un gran poeta y maestro me hizo la merced de corregirlo, durante el único año que pagué renta. En 1997, rebosaba yo una esperanza inmensurable en el futuro, sobre todo, en el futuro compartido; la amistad con ese maestro que digo rayaba en el amor filial; mi primer hijo dejaba en claro que era una realidad con movimientos extraños en un vientre de mujer... Así, *TRAS LOS OJOS* representa para mí un manifiesto inaugural de esa etapa de mi vida, hace un buen rato clausurada con otro poemario,¹ y en esa calidad casi de monumento personal, ¿cómo me atrevería a tocarlo?

¹ *Variaciones de la semilla*, o *Tres variaciones de la semilla*, para quienes lo conocen en su edición de autor (Guadalajara, 2000. Como en el caso presente, nada sustancial del contenido sufrió cambios, salvo dos versos que pasaron a mejor vida, y el ‘tres’).

Como habrás notado por la portada de este opúsculo, hace ya bastantes años que fue compuesto, y si no vio la luz hasta hoy, revestido y oloroso a imprenta, no es culpa suya, como explico adelante.

EN ALGÚN MOMENTO mientras era becario del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes (1996-1997), fui convocado a una lectura de alumnos de la entonces Licenciatura en Letras Hispanoamericanas, y muy a la mexicana, elegí la ronda de poesía en lugar de la narrativa, que era entonces la que me daba de comer.² No es difícil imaginar que, teniendo en el cunero a TRAS LOS OJOS, lo presenté de viva voz, ganando la aprobación de dos o tres autoridades literarias de la localidad, aunque para el caso, la más importante de ellas pensaba más en jubilarse que en dictaminar la publicación de obras. Así que, supuestamente con los mejores auspicios, recurrí a la Coordinación Editorial de la Secretaría de Cultura de Jalisco, y me dormí en mis laureles esperando un dictamen que a la fecha no ha llegado,³ aunque estoy bien despierto desde que entendí cuál fue la manera de decirme que había «otras prioridades».

Un año después (1998), mi castillo de arena personal se derrumbó, y al hojear tanto el proyecto becado como el opúsculo que ahora tienes entre manos, me horrorizó el obsesivo aire premonitorio que soplabá desde las páginas. Quiero decir, yo mismo había escrito qué sería de esa etapa existencial y cómo terminaría, y ante el horror, o más bien la tristeza, que me invadió al descubrir que de mi misma mano salían las palabras

² Proyecto *Ciudad de los perros*, cuyo resultado fue la noveleta *Soliloquios por combatir*. Guadalajara, 1998 (malograda, según el autor, y por lo tanto inédita).

³ Mismo caso de *Variaciones*, que duerme el sueño de los justos en la dependencia homóloga del Gobierno del Estado de Querétaro desde 2001.

que describían mi futuro, cerré las respectivas carpetas y las entregué al divino polvo que crece en fondo de los cajones y las repisas del librero, para bien de los doloridos.

Como si eso no bastara para olvidar toda pretensión de ver mi nombre en letras de molde, al poco tiempo conseguí un empleo bien pagado y aún más demandante, que durante dos años y medio sólo me dio tiempo para comer, dormir, trabajar y pagar la manutención de mis hijos. Presentada mi carta de renuncia y con mis nulas cualidades para administrar finiquitos, al poco rato me vi en tal quiebra que mis vástagos de carne, y los de papel, no vieron un peso durante meses, dicho sea para mi merecido oprobio.

Así que apenas ahora, con el alma sosegada y después de vivir durante buen tiempo una nueva etapa existencial, además de reponerme de nuevos descalabros económicos y anímicos, me veo en posibilidades —ánimicas y económicas— de presentarte por fin a éste, mi primer hijo literario, aunque hace ya buen tiempo que reclamaba sus fueros.

Espero que tú, amable lector, seas justo con él y conmigo, y que si cierras las páginas hasta llegar a la última, sea porque te hemos dejado algo y no por mera compasión hacia el texto y su autor.

NOTARÁS QUE ALGUNOS TEXTOS se te presentan de modo algo diferente a los demás. El caso es que en este poemario fluyen dos líneas discursivas; una es la que leerías —leeríamos— en voz alta, es la que emana de la experiencia del mundo una vez que la hemos asumido —parafraseando a Silvio Rodríguez— detrás de los frontales; «tras los ojos», le llamo yo. La otra, está dicha en susurro: es lo que nos diríamos a nosotros mismos justo en el medio del proceso, entre la percepción y la expresión; la que no puede existir sino en la conciencia, porque no pertenece a la realidad pero tampoco es del todo abstrac-

ta. El uso de las cursivas, como se hace en las didascalias de los guiones teatrales, me ha parecido no sólo propicio para la confusión sino insuficiente para lo que esta línea representa, así que preferí hacer algunos cambios, ligeramente más notorios, en la presentación de esos textos. Ojalá que este pequeño arreglo del diseño favorezca la comunicación que me propuse conseguir contigo mediante esta obra.

Mario Antonio Calderón.

Guadalajara, Jalisco, julio de 2003.

A Estela y el paso entre dos tardes de diciembre.

*El hombre es su casa, su piedra, el amor hacia lo que
ha construido.*

Carlos Fuentes

*Entonces, esto es todo y no es suficiente.
Quizás pueda decirse que aún estoy aquí.
Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo
para mostrar al mundo cómo era su casa.*

Bertolt Brecht

I

Infancia



Paso de largo por casa.

Como quien dice
desando el camino de mi nacimiento.

A veces la ciudad encuentra
la humedad de sus cerros
 la siesta de sus edificios
charcos al mediodía
que no rompen su espejo.

Los hombres desandan la calle cabizbajos
las mujeres son prenda de la lluvia
 y los automóviles recuerdan.

Estos días no abundan
 sin embargo.

El barrio del tendero don Javier
excursionista
gordas sus historias

la amarilla finca a contraesquina
sus adobes y habitantes

el Padre José
el panteón a fuerza blanco
mi abuela reloj de las liturgias
el nevero cotidiano
el parque más cercano los domingos
la secundaria de ruido y coincidencias
el mercado tras el templo
la calle que veía desde mi cuarto

las vecinas como hormigas
las bicicletas en que nos atrevíamos
la avenida llagas abiertas
el voceador contrapunteando la tarde
los camiones que pagaba Quetzalcóatl

el barrio:
tiene abatidas sus murallas
la paz más triste borra su memoria.

Aquí zarpamos:
es la banqueta de cualquier calle.

Lo que cada quien encuentre con su anzuelo
o la mirada,
será responsabilidad de la imprudencia.

Lettera

YA ES OLVIDO PONER los dedos en esta cosa mecánica ajena prestada incorregible ruidosa perdible fundible tocada por dedos antes amados.

Pero (vivan los peros profilácticos de Ramón) de menos recuerdo cuando la vida era tan fácil como sentarse y ver caricaturas, o sea, no tener las caras redondas de primas espiando el teléfono los dedos las sábanas; cuando el dinero importaba muchísimo menos y Verne sabía ser *vox Dei*, la noche comenzaba a las diez, el doce marcaba un futuro a dos años y dos años eran el próximo siglo; el matrimonio era parte del mecanismo heredado, Patricia no había puesto mi mano en su cuerpo y no conocía yo ese tacto dormido de mujer cómplice.

Entonces, era bello al menos para mi madre y no sospechaba que sería lampiño; me embriagaba con una copa de vermut o el olor del tequila; tampoco —es decir, como hoy— me preocupaba saber taquigrafía, cuándo el mundial de fútbol, cómo lograr una flor en mi espalda ni por qué mi madre había leído a Hesse ocultándose en su cuarto. Era sencillo desesperar al nuevo director de la escuela, participar en la batalla de maestro dormido y parapetarme tras la mochila; ser hijo de Caín sin saberlo y esperar cándido, emocionado y alegre la llegada de navidad, sin saber por qué el año nuevo llegaba una semana después.

Pensar en la secundaria estaba más lejos que el fin del mundo, los refrescos todavía se vendían en vaso y la poesía era otro animal repudiado, como las telenovelas y el *Libro Vaquero*; las vecinas eran dulces víctimas y San Francisco de Asís un modelo que jamás alcancé, como Domingo Savio y Juan Bosco. Champag-

nat era símbolo de guerra, yo buscaba la sombra de los corredores y todavía recordaba a la maestra mártir del *kindergarten*.

Era bello creer en muchas cosas, sentir las semanas eternas y desconocer la filosofía existencialista; pensar que las compañías eran fieles y las computadoras semidioses; el trabajo de mi madre eterno y las comidas en Suéhiro el pan de cada jueves, con la esperanza de tener un perro a pesar de mi abuela, conseguir otro libro de Verne, una mística navaja de bolsillo y llegar a la adolescencia sin dejar el relativo y presumible carácter de buen hijo que Patricia me quitó a pesar de que Gabriela lo intentó algunos años antes.

Esta cosa mecánica ajena prestada incorregible ruidosa perdible fundible tocada por dedos antes amados, comienza a recordarme la manera de llenar una hoja con los dedos firmes a pesar de la gripa y las teclas; no han quedado mis dedos atorados y ya sé que muchas cosas eran más sufribles hace la mitad de mi vida.

Aspiro el día con la fruición
de quien se despide.

Indago en mis bolsillos
reviso la puntualidad del reloj
el brillo en los zapatos
la hondura del amor último.

Mastico el resabio del café
traspaso el machuelo
y enciendo el cigarro.

Atiendo los rumores
como quien oye adioses.

Los cines con su *boy estreno boy*
los locales de cristales blancos
los peluqueros de rincón selecto
las caminatas de las viejas,
los niños escapistas;
las bancas de amantes y hormigas:

Todo es verdad
hasta después de la lluvia.

II

Ciudad interna

El árbol
la cantera
pavimento
amantes en su propio abrazo.

Poste cigarro tequila
patrulla
gato en brama
perro en guardia
blues danzón Piazzola
brazo-martillo de albañil.

Sol guardado en la ventana.
Estridencia de autobús
bulla de pasillo
alba de silencio
azahar reciente
hojarasca de baldío.

Trova de la maza y tijeras de podar.
Héroes de bronce
protagonistas de periódico
hombres de memoria:

en mi cuarto cabe la ciudad.

He tirado colillas en cada banqueteta de mi ciudad
y he mascado sus hojas de naranjo.

En sus calles he pensado cartas
para todos mis fantasmas.

El barrio me ha apartado la tristeza
aunque deseara lo contrario.

He caminado mi ciudad.
Sé cuándo sus jardines están solos
y son míos.

Sé su rutina de sirena y campanario.
Conozco sus otoños.

En mi ciudad
me he prohibido la palabra.

Porque la ciudad me regala sus libros personajes.

Conozco sus puertas
 sus avenidas y callejones
sus violencias
 sus pasos furtivos
su duelo.

La sábana sobre el fin de la vigilia
es ciudad interna.

Los nombres de personajes queridos
son sus transeúntes.

Sus edificios
son lugares de sombra en la memoria.

La lluvia que burla la ventana
no es la suya.

Mi ciudad es más que mis ojos tu paciencia
los pirules y naranjos que he tocado.

Sin mi ciudad no eres ni es nadie
no soy
no valgo el trabajo de cuidarla.

Riders in the Storm

ESTÁS A DENTRO, A DENTRO; tu rostro es azul nocturno, tus dedos escarcha en mi entrepierna; duermes tus olores bajo mi pelo (*dentro, en Ávila, mataron a mi hermano... Dentro*). No escucho, no escucho. Sólo veo tu rostro azul-nocturno, siento tus dedos como la escarcha en las ventanas, sin el sol que tú conoces; agito el color de tu cuerpo entre el sudor de mi cabeza (yo hubiera querido escribir eso, igual que infinitos poemas de infinitos hombres) y no sé dónde hay pausas para respirar, dónde las cortinas se mueven para refrescar mis senos (sin embargo, sé que hubiera querido escribirlos porque un libro me los mostró). Dentro, dentro, en el sonido apresurado de las sirenas, la cantilena de mis jadeos (¿Qué es *dentro*? ¿Así como estoy bajo un cielo y un techo y sobre una mujer que mañana estará donde mismo, esperando una mano que le busque el sexo bajo la mesa?) inexpertos, apresurados, azules como tu rostro húmedo que se apoya en mi hombro y me saca tizones del vientre; duros como tus manos de invierno apoyadas no sé dónde y que me hieren toda (mañana estaré fijo en la silla pensando qué canijos poner con las teclas; recordaré este cuerpo rígido que todavía no gime ni abre los ojos grandes, verdes, fijos en el techo. Querré escribir esto como siempre; el universo descubierto en tres segundos y el estallido en mi cabeza, el último espasmo); dentro, hasta el dolor si quieres, con tu rostro húmedo azul-nocturno de ojos entrecerrados; dentro tú, sonriente bajo las luces y de ojos tristes cuando se clavan en mi escote, como tus dedos rastreándome el muslo hasta encontrar el suspiro y la humedad incontenibles bajo mi ropa, la que te atrajo hasta mi silla de cada semana y cada año y su verano (*dentro*: aire que

dice seis letras, lugar de quienes no podemos cargar al cielo, lugar metido en otro, como ella frente al escenario, detrás de la puerta, bajo las lámparas del techo; encerrada, con sus pupilas verdes y sus palabras saliendo difíciles, lento, por su boca, también dentro: ¿qué es *dentro*?). Dentro, dentro, *inside*: tu piel nocturna de animal fantástico fascinándome sin pausas, sin tiempo de escuchar el reloj ni el machacar de la cama; azul-nocturno tu rostro, tus ojos indecibles entrecerrados; tu pelo punzando en mi hombro, tu cuerpo sostenido en mis pezones (el cielo me asusta, no puede sostenerme el peso; ella comienza a abrir los ojos y su pupila me absorbe, las sienas palpitan; entro a sus ojos: *dentro*, dentro)... *You're burning my breast, your iced hands are everywhere, I see them as if I had eyes all over my skin. Nightmare your face*; te hablo, te hablo, siento mi voz dentro y atrapada, el eco que no respondes, sólo cama sirenas cortina piel fantástica que me hunden en tus ojos (*en Ávila... Dentro*. Dentro. Su voz no puede hablarme nada mío, siempre que la tome y conduzca será así, estoy dentro de una mujer que no pertenece a estas calles). No hablas, no escuchas, *deeper inside, until pain inside my hips, me, me. What's me? What can my soul be? Inside, until pain if you want, inside*, dentro, aunque mis piernas no te puedan retener más tiempo, tu rostro sea más oscuro, la tormenta te golpee con la cortina: dentro; no mires más que mis ojos; la escarcha de tus dedos me espanta, tu mirada oscura me deshace, me roba (apenas tres risas para convencerla, sabe que se largará pronto a sus rascacielos y cielos azules mientras yo estaré inmóvil, desnudo frente a la máquina buscando su sexo, recordando sus pezones abiertos a mis ojos, sin extrañar los suyos color de muerte); hace mi voz inaudible mientras martillas mi cuerpo con ferocidad de montaña desierto pirámide; me haces prometa no olvidarte nombrarte, no escribir pensar en más placer que el tuyo, violencia oscura que me gotea en el cuello; me ahogo, quiero prolongar esta dan-

za contigo dentro, que no termine, que no salgas, que la cortina sea noche perpetua en la ventana (es un ser ajeno, busca en mí las fiebres que sólo encuentra en sus otoños, me revienta las sienes, balbuce mis tres segundos de eternidad) dentro, dentro, *dentro*, más allá de lo que hemos podido, hasta mi explosión (ya no puedo mucho, apenas gritar y salir de ella, quedar con la espalda en las sábanas) y mi carne macerada, aferrarme a que sea eterno (pero quedar dentro de algo, siempre dentro: el cuarto) este placer y este dolor y el aire fresco en mis senos; tu frente en mi hombro, mi boca (la casa, la ciudad); mira: el infierno (es igual al cielo), es igual que estar vivos (como una muerte que no nos deja en paz), como este último jadeo en que aspiro el recuerdo (o el espasmo que me abre los ojos) para correrme del paraíso inmediatamente; dentro de nuevo, del infierno (salir a donde *mataron a mi hermano*), las calles, el viaje de regreso, el espejo sucio sobre mi cabeza...

¿Hay por ahí un cuarto limpio
sábanas planchadas
agua tibia en el lavabo
cortinas gruesas
lámpara en la cabecera?

¿Una taza de café
jarra de agua con su vaso
música para después de vivir
ventilador que no haga ruido
navaja buena de rasurar?

Sólo pido un sitio
para sentir que estoy de viaje.

III

Obituarios

El camino empieza.
El horizonte no es esperanza
ni la noche amparo.

No hay noviembre que valga.
No hay hojarasca ni manantial
para que valga arrastrar los pies.

En el cajón que escondo los polvos de cada travesía
hay una camiseta comida de años
varios repuestos vacíos de tinta fuente
tres bitácoras secretas
un cinturón que nunca olvida
preservativos que aparecieron a destiempo
tres fotografías
diez cartas
dos tarjetas de Navidad
cuatro contriciones
suficientes focos fundidos
una brújula imaginaria
tres acuarelas
muchos papeles manuscritos.

De ahí saqué la adolescencia bien planchada
me la ceñí
y nunca tuve precaución de preguntar
si había devolución.

La derrota no es lo peor.

Excepto
si en la vuelta está el mismo vacío
el hogar tiene el mismo sabor
y las distancias carecieron de mujer.

Si el lecho cotidiano
no tiene los privilegios de la muerte.

Reclamo el derecho
a renegar vaticinios.

A invadir muros
con profesiones de amor.

A no hurgar las ruinas
y dar pretextos a la angustia.

A recorrer los aposentos del idilio
y conocer lo irrepensible:

A morir joven de dolor.

Escribiendo “Los Perros”

A Irma Zavala, in memoriam.

A Carlos, desde algo que quiere parecer su voz.

ESCRIBO. ARCHIVO LOS NOMBRES. Fragmentos de la historia para tramar una continuación en que falta la protagonista.

Martillo las teclas a mi paso, hilo instantes que él, absorto en tequila, tristeza, remordimiento, conversación, me dijo de tanto en tanto.

Cruzo los pies bajo la silla para atrapar la pregunta, desechar la no tentación, recordar que en esa ciudad de papel encontré un motivo para la tristeza... La pregunta: una arista oportuna en las páginas de Borges.

Llegará el domingo y me dirá *in Gott sie ruht*; pensará *zum Teufel geh' ich, doch*. Sabré que esa parte de la historia está fuera de este momento en que cruzo las piernas, grito al perro que silencie en la azotea, recuerdo a Marta y me pregunto si tendrá algún parecido con la que era *ella*, lo que es en estos días, cuando no puede defenderse del honor ni la vergüenza.

Pensará él —estoy seguro— que todavía sabe dónde está el dolor, dónde el epitafio que no encuentra lápida ni lluvia redentora; su noviembre recién parido. Sé que se mentirá pensando *zum Teufel geh' ich*, sabré que es una buena frase demasiado respetada por la reverencia que se debe a los muertos, esa muerta que fue amada —como todas— cuando ya no podía rechazar ni jugar el escarceo.

Encenderá su cigarro y me mostrará letras manuscritas en colores cambiantes, cuando este momento, mi martilleo sobre el teclado, las piernas cruzadas bajo la silla, el escándalo del perro sobre mi cabeza, sean un lugar de la memoria. Abrirá su cuaderno de pastas grises para insinuar el pautado verdiblanco con que señalamos la esperanza y la muerte.

La muerte: para Marta el verde no es lo mismo. Para ella, el blanco es contrariedad.

Pero nosotros, yo sentado aquí inventado nombres, con las lágrimas de la ciudad frente a los ojos para pegar instantes y recordar a tiempo la pregunta; él, ausente de esta historia que no puede obviarlo, memorioso de ella, las tardes, las voces encubiertas por un biombo que mataba privacidades; un cumpleaños y su último baile, y *ella*, que desmentirá lo que juro de su muerte, inerme, ilesa a pesar de todo, temprana en las ganas de no temer; nosotros, *we, wir, nous*, ahora *nos-otros*, sabemos: el verde es una promesa. Y él mostrará que el pautado verdiblanco de su cuaderno, las letras en colores de penitencia cambiantes (gris, morado, invisible), son la última página, la promesa de cerrar las tapas color ataúd.

Ella sabe que el verde pasó por sus dedos, sus huesos, su carne macerada y no fue promesa sino terror de saberse muerta, verde, pestilente, eterna ausencia en los directorios, lastre en las conciencias de él y Héctor; en la mía por inmiscuir mi tequila mis preguntas mi paso primero. Ella sabe que es un terror. Ella no puede gritar que la vida es menos repugnante que el verde, el verde-negro que nadie vio en su rostro, dentro del ataúd sellado.

Será la última página.

Preguntaré, veré las letras color de luto añejo, intermitente, inoportuno.

Mientras, escribo. Archivo nombres de otros para que los personajes estén lejos. Mostraré mi hoja para hacer el oficio de domingo; él, la historia que no cabe en este día, en mis piernas cruzadas bajo la silla. Tendrá el final de este cuento y ahí estará su voz disfrazada con mis palabras, habrá repetido la travesura de echarme encima su discurso, mencionar a Marta para encabronarme por tres segundos, desquitarse porque lo pongo

como héroe de este relato en que su nombre es otro porque Ella también cambió y es una sombra de huesos marchitos y piel descompuesta, ojos de polvo, hogar de sí misma.

Callo al perro por última vez.

Descruzo las piernas para acomodar la pregunta en la bolsa de mi camisa, bajo la tapa del reloj que fue suyo. Guardo las letras en mis ojos mientras reviso que todas estén en su sitio; meto un dulce en mi boca, tecleo para convertir la imagen en una tira de papel. Cierro los ojos para no escupir las lágrimas de esa ciudad forjada con tinta, cementerios visitados por el dolor de él y Héctor y la imaginación que me sobró de la niñez, la gestación, la memoria universal que nadie desmiente:

Los nombres están ahí, donde no pueden cumplir con el respeto a los muertos.

IV

Sed

Perdí la llave del hogar
y no hay sábanas limpias en la cama.

Olvidé los domicilios
caliento las manos en el pantalón.

Siento el noviembre de los muertos
el relente de la noche
torretas de patrulla.

Las bancas están ocupadas
y los quicios de puerta abierta.

Puedo inventar que perdí el equipaje
estoy de paso
pero conozco demasiado este lugar.

Llegar
sin rostro patria sangre tierra de otros
en las uñas.

Con el hábito por armadura
el cayado como espada
el nombre por estandarte.

Ser nomás.
No conquistador del suelo propio
ni vengador de nadie.

Llegar en busca del mesón y el vino.

Entrar
con los dolores del retorno.

Esta noche
mejor el rostro en la pared
 aspirinas y vaso de agua.
Mejor que nos lleve el miedo.

Mejor sacar el bulto
 gritar al mesero
con labios de serrín.

Esta noche:
sin patria
ni lluvia.

¿Hay sed como la del mundo?
¿Patria como los amigos?
¿Dolor como la ciudad?

¿Qué amor como la tumba
y hogar como el silencio?

¿O hay sed
 dolor
 amor
 silencio
 patria
más profundos?